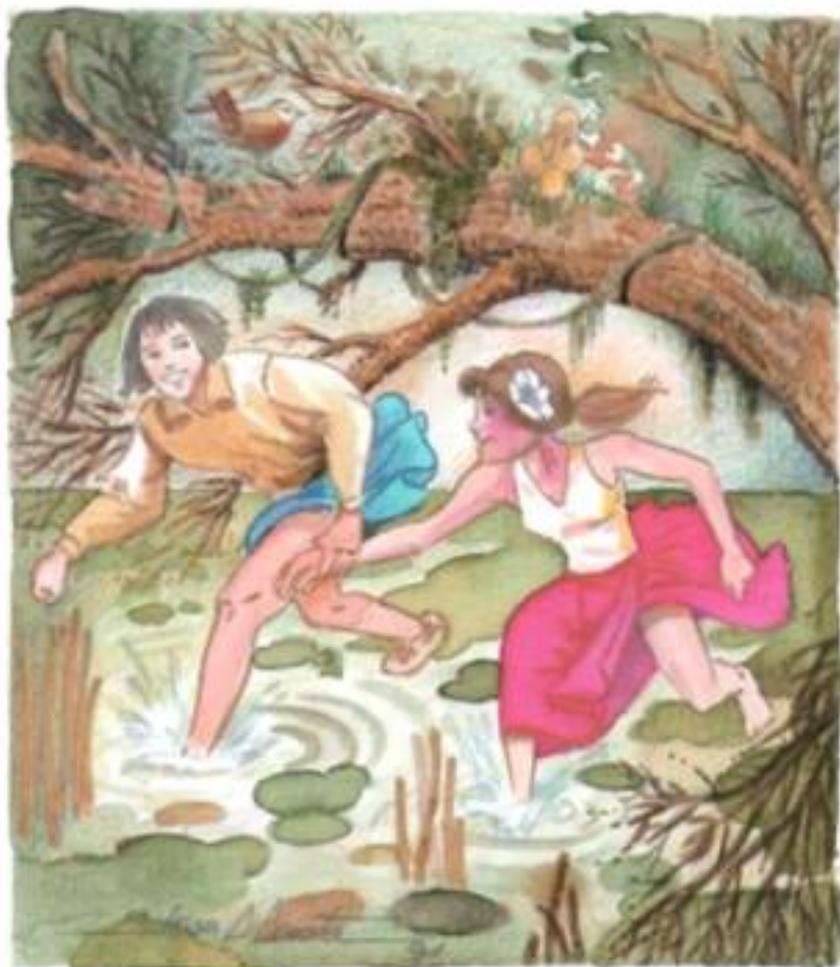


*ala delta*

Joaquín AGUIRRE BELLVER

**LA LEYENDA  
DE SIRA Y ONDÚ**



A mitad del camino entre la aldea de los leñadores y la aldea de los agricultores Sira y Ondú se fueron una mañana a la playa y vieron una mujer. Estaba cantando y bailando y les preguntó dónde iban.

Vamos a la playa a bañarnos. Sira y Ondú siempre juegan juntos sin separarse ni se alejaban de su casa. Aunque Sira y Ondú, algunas veces en la fantasía, se iban muy lejos.

Joaquín Aguirre Bellver editor, periodista, pintor y escritor, centró su labor literaria en las novelas donde la historia se entremezcla con la fantasía. Mereció uno de los primeros *Premios Lazarillo* de Literatura.

*Para mi sobrino más joven, Javi.*

## Índice de contenido

Cubierta

La leyenda de Sira y Ondú

Presentación

Canto inicial

Capítulo I

Viajeros de la fantasía

El consejo del brujo

Como el mar y la tierra

Capítulo II

Sira y Ondú tienen visita

El naufragio

Un niño nuevo

Capítulo III

No eres él

Perdido y hallado

Capítulo IV

Niño del todo

Regreso

La barca se va  
Sin darse cuenta

### Capítulo V

Lección nocturna  
Buen augurio  
Como un milagro  
El que siempre ríe  
Todos tienen derecho

### Capítulo VI

Casa cerrada  
En el olvido  
Guerra en el mar  
Ensueño  
La verdad soñada

### Capítulo VII

Hoguera de odio  
Un fantasma valeroso  
Viaje a la eternidad  
Las dos cosas

### Canto final

*DURANTE años me dediqué al apasionante deporte de buscar viejas leyendas perdidas. En esta misma colección hay una muestra: El bordón y la estrella, que recoge las del camino de Santiago. Metido en esa labor, me di cuenta de que son innumerables los relatos olvidados, y hasta los pueblos que no han dejado memoria de su creación narradora. Entonces me apasioné en el juego de inventarlos.*

*Este libro que os presento ahora recoge himnos, canciones y leyendas de un pueblo que sólo existe en mi imaginación. Pero que bien pudo existir. En la gran ruta universal de los mitos y los cuentos, que marcha de Asia a Europa a través de los siglos, hubo comunidades de las que no se recuerda ni el nombre. Y seguro que estuvieron vivas, seguro que cantaron y contaron. Una de ellas bien pudo ser la patria de Sira y Ondú.*

**A**L llegar los primeros fríos del año, pescadores y leñadores celebran solemnes rituales en desagravio al dios de la Guerra. Los dos poblados participan en una procesión de antorchas que sube en la noche hasta el santuario de la montaña. Todos cantan a coro un himno que dice así:

*El invierno se acerca con pasos cautelosos. Leñadores, ¿no estáis viendo tiritar indefensos los árboles? Pescadores, ¿no estáis viendo estremecerse de temor las olas?*

*Sabed todos que el señor del Miedo y de la Guerra ha salido de cacería. Trae la lanza dispuesta entre los dedos ágiles, mientras su mirada busca a quién herir, y dónde será mortal el primer golpe de sus armas.*

*Temed al mar, temed al bosque. Temed las olas cuando se alzan, temed los árboles cuando se postran. Pero temed más a quien los yergue y los derriba, implacable señor del Miedo y de la Guerra.*

*Leñadores, pescadores, no olvidéis proteger vuestros cuerpos con el escudo; no olvidéis cerrar la empalizada cuando llega la noche; no olvidéis encender las hogueras en la plaza, ni el fuego en el hogar.*

*Porque, sabedlo todos, el señor del Miedo y de la Guerra, el del aliento helado, ha salido de cacería.*

## Capítulo I

### Viajeros de la fantasía

A mitad del camino entre la aldea de los leñadores y la aldea de los pescadores, en lo alto de un otero, está la casa de las dos puertas.

En ella vivieron dos hermanos, una niña llamada Sira y un niño llamado Ondú, que jugaban siempre juntos, sin alejarse. Su padre, un leñador, hijo y nieto de leñadores, les decía que no hay nada más bello, pero tampoco nada más peligroso que el bosque; mientras que su madre, hija y nieta de pescadores, les decía otro tanto sobre el mar.

Con este motivo, los padres discutían continuamente entre sí: ¿qué es más bello, qué es más peligroso, el mar o el bosque? Aunque estaban muy de acuerdo al decirles a Sira y Ondú:

—¡Pobres de vosotros, si os perdierais en medio de las olas o en medio de la espesura! Nunca os alejéis de nuestra casa.

Pero Sira y Ondú se iban muy lejos con su fantasía. Jugando, unas veces, ante la puerta que mira al mar, y otras, ante la puerta que mira al bosque, todo lo tenían imaginado, y era como si lo hubiesen visto todo.

Además, Sira, ayudándose con una varita, dibujaba sobre la arena los animales y las cosas que iba nombrando en sus juegos. Ondú no sabía dibujar, pero sí construir, y había fabricado una balsa y un carro para llevar a su her-

mana, por tierra o por mar, cuando ella quisiera, más allá del último horizonte.

## El consejo del brujo

Aquel año, durante las fiestas en honor del dios de la Guerra, en la casa de las dos puertas se alojó un viejo brujo. Los padres de Sira y Ondú le ofrecieron su hospitalidad porque venía desde muy lejos, llevado en un palanquín a través de los bosques, en un viaje sin descanso, para llegar a tiempo a la ofrenda en el santuario de la Gran Cumbre. También buscaban honrarse con la estancia de un personaje tan distinguido; el brujo tenía fama de predecir las calmas y las tormentas, y eran temidos sus hechizos y sus maldiciones.

Había asistido a la procesión nocturna de las antorchas; a los desafíos entre leñadores y pescadores; al torneo de los adalides, que luchan con puñales sobre una pasarela estrecha, teniendo a sus pies una hoguera enorme. Y ya se marchaba, cuando los padres de Sira y Ondú, al despedirse de él, le pidieron un consejo.

—Porque no queremos discutir más; queremos que, aun siendo de aldeas distintas, haya paz en nuestra casa.

Luego de escuchar las razones de cada cual, el brujo razonó con palabras enjundiosas:

—¿Acaso podrían unirse el mar y la tierra? Y, si se uniesen, ¿acaso podrían ser felices? Tú, mujer, y todos los tuyos, durante generaciones, os debisteis a la ley de los vientos, que es grácil y versátil, como las olas; mientras que tú, hombre, y todos los tuyos, pertenecéis de antiguo a la ley de la gravedad, que es, por esencia, estática, como los árboles. Así se explica que disintáis continuamente.

Concluyó pronunciando una sentencia:

—Yo, en virtud de la autoridad mágica que me ha sido concedida, declaro separados vuestros destinos, y nulas, por imposibles, las promesas de amor que os hicisteis un día.

Sira y Ondú habían escuchado tras la puerta estas palabras, pero no las habían comprendido. Estaban mirándose asombrados cuando el brujo reparó en su presencia.

–¿Quiénes son éstos?; ¿qué hacen aquí? –preguntó.

Al enterarse, los reprendió, diciendo que la curiosidad es peor que un defecto: es un vicio. Luego se despidió, subió a su palanquín, y se fue por donde había llegado.



## Como el mar y la tierra

Esa misma tarde, el padre llamó a Ondú, lo subió a la grupa del caballo y, sin responder a sus preguntas, se lo llevó bosque adentro. En tanto que la madre embarcaba llevando de la mano a Sira, y se hacían a la mar.

Durante el camino, los dos hermanos comprendieron el significado de las palabras del brujo. Cuando ya era tarde. Lloraron, llamándose uno a otro desesperadamente.

Desde ese día, Ondú habitó en un castillo de recia piedra; no veía otra cosa que árboles, árboles, árboles; y no oía otra cosa que el ruido de las hachas y de las sierras. Desde ese día, Sira vivió en un palacio de roca y cristal, sobre un acantilado, y sólo veía el mar inmenso, sólo oía el rumor de las olas al romperse rugientes contra los escollos.

Ondú preguntó hasta cuándo iban a tenerlo separado de su hermana, y el padre le dijo:

–Para siempre.

Temeroso de que también Sira hubiese oído decir las mismas palabras, y la tristeza se hubiese apoderado de ella, Ondú se rebeló y se enfrentó con su padre:

–Nadie podrá separarme de Sira.

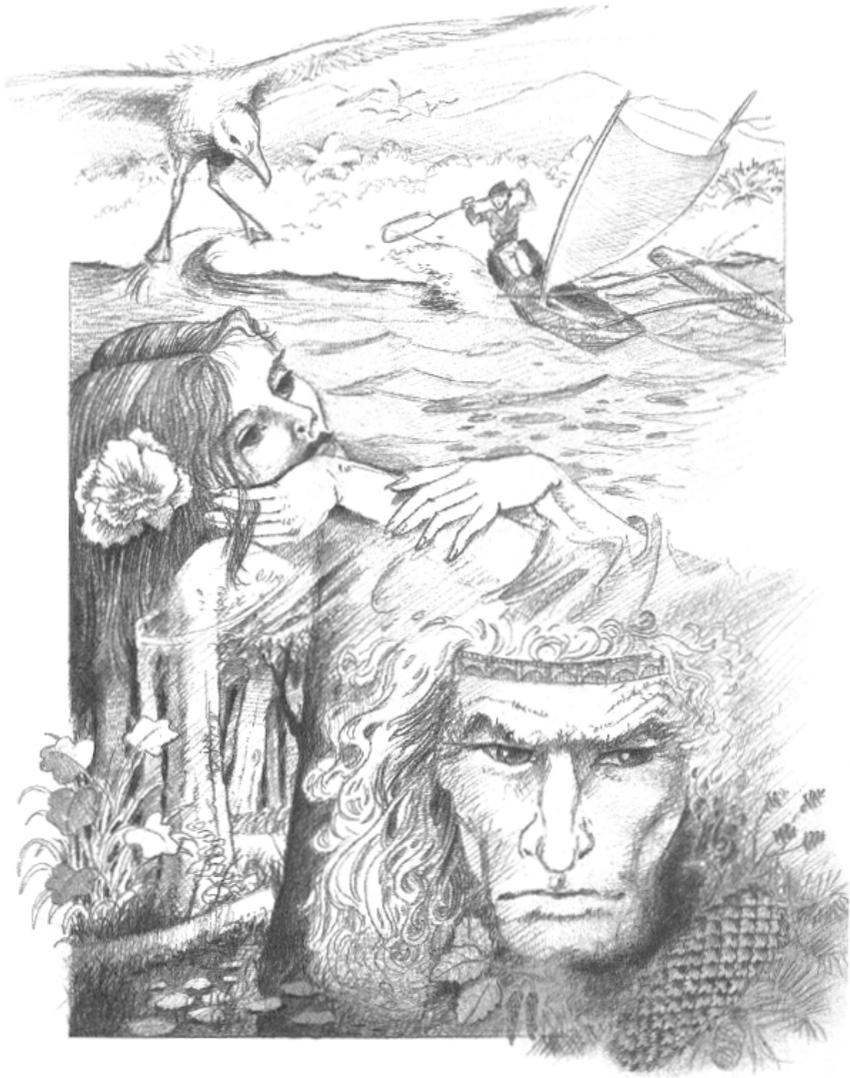
Echó a correr, y se internó en el bosque sin caminos, buscando a ciegas la casa de las dos puertas; allí había quedado, en el suelo, su balsa de juguete, a bordo de la cual pensaba navegar al encuentro de su hermana. Iba lleno de furia; más de la que cabe en el alma de un niño.

También Sira había oído decir a su madre:

–Para siempre.

Desde entonces pasaba sola el día entero, en una playita agobiada por los escollos, al pie del castillo. Jugaba a que Ondú seguía estando a su lado, y hablaba en voz alta, como si él la estuviera escuchando; mientras, dibujaba so-

bre la arena todas las cosas que cruzaban por su fantasía.  
Aunque ahora sólo las viesen los pájaros desde el cielo.



## Capítulo II

### Sira y Ondú tienen visita

UNA mañana llegó a la playa una mujer vestida con tocas y andrajos, y se puso a recoger conchas entre los escollos. Al ver lágrimas en el rostro de Sira, se conmovió y le preguntó por qué estaba triste. La niña se lo contó todo, entre ruegos de que le trajese noticias de su hermano. La mujer lo prometió, y dijo algo más:

—Nadie desea más que yo la felicidad de los que la merecen.

Pero no quiso revelar quién era. Sólo que los pájaros le habían hablado de una niña que lloraba sin consuelo en la playa, y de las figuras misteriosas que dibujaba con una varita sobre la arena. Se marchó, dejándose olvidada la cesta de las conchas que había recogido.

Para que no diesen con él los hombres y los perros rastreadores enviados por su padre, Ondú había trepado y se había escondido en la copa de un árbol frondoso. Desde allí vio pasar a una mujer que llevaba a la espalda una abultada carga de leña. Con riesgo de ser descubierto, bajó a ayudarla. Ella, sentada sobre el haz, le preguntó por qué lo perseguían, y Ondú le contó lo que había ocurrido. Entonces, la mujer, viéndolo tan furioso, dijo, con gran pena:

—¿Qué has hecho de tu infancia, Ondú? Porque eres un niño, y a la vez has dejado de serlo.

Él respondió que su infancia le importaba poco; sólo quería librar a su hermana de la soledad y la tristeza.

—Ten en cuenta que la infancia no se recobra —le advirtió la mujer.

Al decir esto, se refería a que la ira y el odio interrumpen la niñez. Aludía también a que existe una isla donde van a recogerse las ilusiones perdidas por todos los niños del mundo. Allí esas ilusiones juegan eternamente, sin parar, y oyen relatos tan bellos que quisieran que no se acabasen nunca. Nadie sabe dónde está situada esa isla. Pero hay quien dice saber que tendrá la más larga existencia, y que, cuando el mundo se acabe, seguirá estando allí, donde se encuentra ahora, porque forma parte del paraíso.

Pero Ondú iba ciego de angustia, pensando en la soledad de Sira. Insistió en su ruego de que le indicase cómo salir del bosque y por dónde se llegaba, lo antes posible, a la casa de las dos puertas. Ella se lo dijo, y luego se separaron. La carga de leña quedó olvidada en el suelo.

Ni Sira ni Ondú sospecharon que habían estado hablando con el hada de la Felicidad, que es el nombre que suelen darle las gentes de la comarca. Nadie les había dicho que tiene la costumbre de disfrazar su belleza, y de presentarse como una anciana pobre y achacosa; ni que es olvidadiza; ni que continuamente recibe noticias de cuanto ocurre porque los pájaros, y, principalmente, las garzas, se lo vienen a contar.

Pero lo cierto es que aquélla era una visita de la mayor importancia. Esa hada vive en el monte de la Concordia, en un picacho desde el que, sólo con levantar la mirada, ve al dios de la Paz; y puede darle recados. Aunque para muy poco en su casa; sobre todo, el invierno se lo pasa entero yendo de un lado a otro, en ayuda de la buena gente.